

JUAN DE DIOS MAYA ÁVILA

EZTLÁN



HOJAE
BLANCO

Juan de Dios Maya Ávila

EZTLÁN



(nanoficciones nanoinfinitas, sobre todo sangrientas, pero también descreídas, exclusivas, sectarias, correctas, impropias, pocas veces pornográficas y por ende muy eróticas, inteligentes — sin dejar de ser estúpidas—, poéticas antipoéticas y mentirosas por verdaderas, liberales pero regias, alquimistas y científicas, fáciles pero difíciles, clásicas antiguas barrocas algo románticas, aunque surrealistas y sobre todo muy contemporáneas y léperas cultoras del lenguaje, quienquiera que éste sea).

Eztlán

Topónimo de un lugar mítico. Contraparte de Aztlán, la blancura espermática. Eztlán proviene del náhuatl *eztli* (sangre) y del locativo *tlan*. Tlan deriva de *tlantli* (diente). Donde se hinca un diente es el lugar. Tlan, el colmillo que se clava como insignia. Símbolo vampírico de la fundación. La muralla de dientes detiene la sangre que busca la boca por manantial. Cuando la sangre rompe los dientes, proviene la muerte. Eztlán: “Lugar de la Sangre”. Su geografía, no determinada aún, puede ser un espacio en el mundo o la memoria del útero o del camino que se transita en su apertura.

Mexicoteotl

México es un dios muy hermoso que eternamente está precisando sangre para subsistir. Con sangre baña su carne de tierra, con sangre lava sus cabellos de agua. Sangre, sangre y sangre. La prefiere tierna, pero come también la de los viejos. Se pasea contento por su galería de cadáveres de muchas muecas y sólo sufre por estar siempre insatisfecho. Por eso nunca se enamora de sus hijos, los quiere, pero no los ama, ama su sangre. México es un dios muy hermoso que precisa mucha sangre para seguir hermoso.

Ezteca

Néhuatl ca eztécatl. Esclava de la luna, ya lo oliste en mis ojos, me alimento de sangre. No cierras las piernas. El viento me ha traído los aromas menstruales que te robó de noche. Poseo una gran trompa de mosco. ¡Gran dios Mexicoteotl, patrono de los hematófagos, concédeme de esta enemiga zapoteca la miel roja que desprecian las bestias y que brilla como los crepúsculos en los mares del poniente! Úntate de tu sangre, mi amor, cómetela. Úntamela, mi zapoteca hermosa, dámela a comer. Los eztecas buscamos la sangre prometida, anegada en la cuenca donde flota el islote en cuyo centro, sobre un nopal, un hematófago ha de devorar entre sus garras a la serpentina luna de sangre.

Chocacíhuatl

Lágrimas, lumbre, fogón que hiere los cielos ultramares, refulgir de tempestades, trueno, centella, hija de la Luna que brotó de su testa. Se siguió acercando, encalló en las dos ciudades, olió los lagos, los templos de la sangre. Y la Llorona Chocacíhuatl caminó sobre el agua como nuevo astro vacilante. Y cuando trepó a la cima del cerro, atizó con incendios la punta, las cañadas, las siete tetas de la nahuala sucias de miles de años.

El nahual en el cerro

Los ojos del nahual no resistieron. Sus cuencas se cuajaron como la baba de los sapos cuando revientan en el río. El ¡plop! de las burbujas fue el mismo. Los despertares siempre son iguales, el desconcierto crece al ritmo de los hongos de la niebla que por las mañanas vuelven estúpida a la montaña; en la nuca del brujo creció el musgo. La gota de la mañana que se infiltra entre la mollera bajó por el espinazo y le punzó el miembro. Un arco iris de reptiles le devolvió los ojos al nahual, quien ofrendó lágrimas, pero siguió pecando.

Necrocinisfagia

El miércoles de ceniza de 1652, María Apanco, vecina de Tepito, acompañada de sus hijas Hipólita y Antonia, fue inmolada en el quemadero de San Diego, por hechicera. En la noche aún humeaban sus cenizas, mismas que el obispo Buitrón López de Aponte, creyéndose cobijado por la oscuridad, cogía a puños y devoraba con fruición. Unas antorchas tras de él le interrumpieron su fagia.

Hicimos bien en quemar la india, resultó buen anzuelo para el perverso.

Dijo un soldado al alguacil del santo oficio. Buitrón, que también era inquisidor, exigió ser quemado.

No diésemos tal satisfacción a vuesa excelencia, —dijo el alguacil—, ¡A garrote!

Me enamoré de una niña que lloraba sangre

Fuera del manicomio de San Hipólito compré a una niña que lloraba sangre por sus ojos. Enseñé la figura a mi madre. No la quiso ni tocar. Le prometí deshacerme de ella. Caminé algunas cuerdas. Fuera de un estanquillo me senté a descansar, aunque en realidad no sentía fatiga. Era pretexto para observarla por última vez. Me gustaba esa niña sentada en trono dorado, vestida de túnica blanca hasta los pies descalzos; sus cabellos rubios sobre los hombros, las mejillas empapadas por la sangre que vertía de sus ojos vanos. La arrojé dentro del patio del manicomio. Regresé a casa. Mi madre, en su mecedora, yacía estrangulada, azul y con la lengua de fuera.

Lefanú

Fastidiada, Carmila tomó una revista y comenzó a hojearla mientras la linda mesera le servía una séptima taza. En las páginas centrales la detuvo una reproducción que ocupaba la plana. Un cuadro persa donde cierto sufi semidesnudo y con turbante acariciaba las piedras de una roca. Al centro de esa roca se partía una grieta en forma de vagina petrea, labios bien abiertos, en cuyo interior se miraba un mundo extraordinario, rojo, ajeno a la aburrida realidad. En ese momento llegó Laura. Apresurada, limpiándose el sudor con una servilleta y disculpándose. Carmila reparó en el pantalón apretado que estrangulaba el sexo de Laura partiéndole los labios por sofoco. Y, sonriendo, la disculpó.

La Tamalera

Al anochecer, el verdugo escogió un rincón donde tenderse cerca del calabozo. Al pasar las horas, y gracias a la luna brillante, la tamalera pudo verlo fumar. El cigarro prendido semejaba una luciérnaga. Al rato el verdugo se quedó dormido. A ella le hubiera encantado devorarlo (la carne humana es casi un conjuro), lamerlos a él y a sus cuchillos ensangrentados. El verdugo, en cambio, soñaba con la ejecución de la tamalera. Durante el sueño, él le atinaba en el ombligo y al abrirse la botarga del estómago, brotaban los niños que en tantos años ella había cocinado en tamales.

Nenepil

Se asomó a la ventana. El sol casi desaparecía. Regresó su vista al interior de la oficina. La luminosidad de las lámparas blancas era insoportable a esas horas. Pensó que en ese lugar todos eran como las carnitas de puerco: en exhibición y con un foco eterno sobre sus cabezas. El calor era igual de molesto. En ese instante sintió una contracción en su vientre y abundante líquido le comenzó a escurrir entre las piernas. Alguien gritó:

¡A la embarazada se le reventó la nana! ¡Traigan al matarife!

San Jasmeo

Jasmeo enseñó a los novicios la virtud y lo hizo con tal pureza que la perfección le salió malévolá, porque influyendo en las voluntades de los mancebos, éstos se enamoraron del maestro. Y se enamoraron no con ese amor puro que brota del neófito hacia su guía, sino con esa torcida lujuria que lastima la carne, que vuelve al sexo turgente, indomable. Una tarde se le presentaron desnudos en la huerta. Caminaban hacia él blandiendo la erección de sus cirios, y mostrando sus frente blancas para saber quién habría de ser el consentido. Jasmeo saltó la tapia del monasterio, en dirección opuesta a la de ese abominable concilio.

Entuerto

Su sombra, proyectada por la luz de la vela, era siniestra, enorme. Por un instante se contuvo, pero el aroma era penetrante, así que se distendió. Llegó al bolillo, lo olisqueó, no le gustó el tono verde del migajón, pero la tentación pudo más. Primero mordió con desconfianza, luego motivada por el sabor, la tercera vez con desparpajo y gula, pero a la cuarta, sintió lo que se dice...un entuerto. Alguien se movió detrás suyo. Era la dueña de la vecindad. Sostenía un frasquito de veneno. La rata sintió sed, miró el pedazo verduzco de pan, apretó sus garritas al vientre y comenzó a sentirse tiesa.

Cristo de Lepra

Llegué a Tepito en la temporada de secas. Había charcos de sangre por doquier. Decían que por las noches él deambulaba por la plaza y que cuando alguna lámpara lo iluminaba, se notaban tristes sus ojos quemados. Costras de lepra repletaban sus carnes. Costras del tamaño de una cucaracha. O como un ojo de pescado, señalaron los más sobrecogidos. Unos ya le dicen Cristo, y no es de sorprender, por la cantidad de sacrilegios y apostasías que se cometen por aquí a todas horas; por eso queremos matarle, antes de que el asunto alcance otras dimensiones. No sabe usted cómo cunden las fantasías en las calles del hambre.

Santito

Aquella señora se dedicaba a la fabricación de imágenes religiosas. En las repisas se apretaban los San Charbeles, los San Migueles Arcángel, los Martines de Porres, los San Juditas, o el Señor de Chalma, o las Virgencitas de San Juan. Regresó con una estampita en las manos y nos la enseñó. No era ninguna divinidad que yo reconociera. Me pareció una pieza de exagerado dramatismo. Malformado, de larga barba, lazarino, con dos bujeros carbonizados en lugar de ojos, al estilo del niño ciego llora sangre:

Este santito es el que les cortó a ustedes las piernas —dijo la señora—. Ya se las ha de estar comiendo. Córranle, que al rato vendrá por lo demás.

La chismosa

Él dormía al calce de su nicho vacío en la fachada del templo. Ella primero pensó que era un enano malviviente, por la barba y lo desastrado. Luego se dio cuenta que la piel era de cantera. Le picó la espalda con el pie y él se rehízo. En seguida la reconoció, porque ella no se perdía una sola misa. Él se levantó, sacudió el polvo de su túnica y le pidió ayuda a ella para volver a pararse dentro del nicho.

—Perdón, doña Josefa, pero la canícula me desmayó.

De todos modos, ella lo acusó ante el párroco por huevón, irresponsable y pérjuro.

Ensortilegio

Villa de la Encarnación. Barrio de Corpus Christi. Plaza de mulatos, célebre por sus gayas de carnes melosas. Los cadáveres cunden las esquinas, los cuerpos se descarapelan a la inclemencia, rociados con cal. Morelos y su ejército irrumpen por la calle real y desmontan frente al convento carmelita. Por los vanos y almenas los monjes les arrojan aceite caliente e inmundicias. Sin embargo, antes del atardecer, los insurgentes toman el convento, degüellan a los religiosos y liberan a las mulatitas que medio desnudas aún lloran en las celdas. Una de cabellera larga y ensortijada, como el sortilegio, monta a la grupa del alazán de Morelos y se abraza al talle del generalísimo.

La momia de Electra

De niña su padre le había platicado que los muros de adobe y cantera de su vecindad, así como las arcadas y algunas columnas con arabescos, eran vestigios de las celdas del convento de Santo Domingo, que el presidente Juárez mandó derruir. El día en que demolieron el convento encontraron momias tras de un altar. De niña le gustaba imaginar la vecindad como los escombros de un convento habitado por cadáveres secos y parlanchines; ahora se contenta con besar la boca carcomida de la momia de su padre a quien esconde bajo la cama desde hace años.

Teomama

Todos le miraban de reojo y con ascos. Sabían que trabajaba arrastrando los cadáveres de la ciudad hasta una caverna lejos de las aguas, lejos de los humanos y las fieras. Ahí los empujaba. Nunca se metió a la cueva. Los dejaba con las piernitas colgando del filón pétreo de la entrada. Y de regreso, cuando todavía no se vislumbraba la ciudad, olía entre los rumores de los pinos la carne achicharrada y pensaba: “cuando alguno me mire feo le diré ¿Creías que ese Dios deseaba el resto del cadáver? Él se alimenta de puros corazones y sólo de vez en cuando exige la cabeza”.

Job el Llagado

Dos espadas tiene Dios en cada mano. Viene uno y le hiere con la espada izquierda, a la que llama Satán. Viene otro y le hiere con la espada derecha, a la que llama Cristo. Viene un tercero y lo tasajea con ambas espadas. Existe un dolor físico y otro dolor mental. La espada izquierda, Satán, es el infortunio físico, la carne, el límite de Dios. La espada derecha, Cristo, es el infortunio mental, el espíritu, la expansión de Dios. Tú eres Cristo. Yo soy Satán. El tercer personaje, al que han tasajeado con ambas espadas, se llama Job el Llagado.

El Amo del Humo

El Amo del humo no tiene dientes. La noche le brota de su mandíbula de pez roto. Come conejos de luna. Prende sus ojos y alumbra la arena. Sopla en el pozo y lo azul se revuelve. Su cuerpo en lo oscuro ahueca los soles. Quiere una pierna, devora un brazo y la grasa amarilla le ensucia los colmillos. En sus ojos brilla la sangre. Ese Dios que cojea carga tejocotes en su espinazo que les avienta a los niños en el camino para descalabrarlos. Es que ansía pescuezo y yugulares.

Cangrejo Tecuán

Cierto cangrejo acechó a un tecuán cuando a la orilla del manglar la bestia tentaba las aguas. Y agachándose el tecuán para beber, las coloradas manazas del cangrejo le atravesaron el pescuezo. Antes de que el cuerpo del tecuán terminara en lo profundo, el cangrejo lo arrastró a la raíz de un mangle y lo desolló hasta dejarlo con la carne al vivo. Al caer la noche, el cangrejo salió del río vestido de tecuán a seducir a las tigras del monte. Y cuando les pellizcaba las tetas hasta enrojecerlas, ninguna de ellas quiso reconocer que esas garras daban pellizcos de tijeras.

Tlanchana

Sobre la arena los pescadores metepecas tendieron el cadáver que las aguas abandonaron durante la noche. Metro y medio de longitud y de la cintura a la cola cuerpo de serpiente. De los genitales es temible hablar por no saber si describiéndolos se ofenda a Dios. El cráneo parecía que nos miraba. Los escépticos quisieron convencernos de que pertenecía a algún homínido o eslabón perdido, pero todos los demás le vimos lo satánico, la mueca anciana, las greñas pelirrojas que le crecían de la mollera y que el viento hacía que parecieran las crines de un casco.

La cueva del sufí

Una boca es una cueva con labios manantiales. El sufí durmió en el lecho de su cueva tres crepúsculos seguidos. El ave del pecho inflamado venía para alimentarlo con miel. A tientas, en lo oscuro, el sufí buscó la boca y se abrazó a los labios para salir a la noche devorada. Se soñó muerto y en el filo del barranco percibió que la luz mortecina empezaba a abalanzarse por el otro lado del mundo: una ballena de fuego, espiga de oro, del tamaño de un pendiente que cuelga entre los pechos de la virgen del cosmos.

Poscopulare

Salieron —poscopulare— del hotel Tlalpan. El sol los cegó por completo. Los dos se hallaban exhaustos. Además, sintieron cómo el hambre les clavaba alfileres en las tripas. Lentamente recuperaron la claridad de su visión. La ciudad se hallaba destruida, desértica. Sus habitantes, parecidos a bestias, entraban y salían de los edificios como por alcantarillas. Él levantó del suelo un palo y lo utilizó de báculo, tomó de la mano a su mujer y comenzó a huir por las calles. Los dos iban desnudos y a su paso iban dejando un bálsamo sexual que los vagabundos olfateaban con el afán de devorarlos.

Un aghori zacatecano medita su cabeza sobre sendo cráneo descarnado

Caminé entre los xochimilcas como un profeta de la renunciación. Mi cabello, mi barba de cenizas se alargaban siderales y franciscanas. Pensaron que era yo un místico. Mentira. Yo huía de esas vainas podridas que se daban con profusión en los árboles y palmas de mi tierra. Mi tierra seca que parece no dar otro tipo de frutos. Cadáveres apestados. Revolucionarios, pero apestados. Cadáveres de ahorcados que seguían mirando y hablando. No callaban. El viento les mecía de un lado a otro y ellos cantaban a mi oído: “Francisco Goitia, no nos dejes aquí muertos, descuélganos con tus brochas”. Pero a mí me dio miedo y me hice pendejo.

Referencias oscuras

He aquí la concatenación de los signos: un domingo, la católica señora Witkin lleva a sus gemelos secretamente a misa, pues su marido es judío y le prohíbe adoctrinarlos. Los tres caminan sobre la orilla de la autopista rural, cuando un automóvil, en contrasentido, se acerca a gran velocidad. La niña que va en la parte trasera del automóvil, saca medio cuerpo por la ventanilla para ver a los gemelos. No se percata de un poste próximo que la decapita. El gemelo Jerome cierra los ojos horrorizado. El gemelo Joel se acerca, fascinado, a la cabeza. Desea acariciar la sangre, pero su madre lo arrebatada de la escena condenándolo eternamente. Ari Aster ha querido dejar constancia del acto poético referido.

Concidiabulum

Nuestra madre, desnuda, adoptó la postura de los animales, poniéndose en cuatro patas. Tentó con sus aromas a la Bestia que no tardó en montarla. El conciliábulo se calentó. Los hombres se sobaban el miembro por encima de las túnicas y las mujeres hundían sus dedos en rincones secretos. La excitación se mezcló con el horror cuando la Bestia devoró las extremidades de nuestra Madre, sin que ésta se opusiera. Algunos supieron desatar el enigma: la Bestia masticaba las manos y los pies mientras nuestra Madre se retorció, me imagino que de placer, deshecha, pero con la sonrisa intacta.

Masiosare

Masiosare apareció en el coro, escondido tras las columnas. Con el hocico abrió la puerta y pescó a la corifeo, le arrancó la ropa, la penetró y después la devoró. Luego siguió con otra hermana y otra más. La demás huyeron y yo tras ellas. Masiosare iba detrás nuestro azuzándonos, riendo a carcajadas, como lo haría un padre tras sus hijas, en un juego dominical, bajo un cielo azul y radiante. Un padre habría alcanzado a sus hijas y les habría acometido con la boca los costados haciéndoles cosquillas. Masiosare se limpiaba los colmillos con nuestras costillas.

La orgía de los arcángeles y los querubines

Los arcángeles se echaron sobre Lucifer. Le encajaron lanzas, le arrancaron ojos. Un querubín le cortó el miembro anormal que aún en su mano seguía erecto. Nadie sabe dónde lo ha escondido. Los arcángeles desollaron a Lucifer y se vistieron con retazos de su piel. Y Miguel se coció la cola a los vestidos y Gabriel acomodó la quijada ensangrentada en su propia quijada. Así se abalanzaron sobre los querubines y los fornicaban y los despedazaban sin importar si eran ajenos o de su propia familia. Los querubines, en lugar de lamentarse, gritaban y tenían la indecencia de, cuando eran estuprados, alcanzar la epifanía.

Casida del Rey

La Sultana abría las piernas y el humor de su vagina alentaba al Califa que se convulsionaba débilmente, pero sin claudicar. Seis días haciendo el amor sin que el monarca pudiera eyacular, guarecidos en una alcoba en ruinas de una vecindad barroca del centro. Afuera la ciudad claudicaba. Adentro, no pararon. Ni hablaban ni comían y aún dormidos seguían moviéndose y en sueños copulaban. En la mañana del séptimo día, la Sultana, con la vulva hinchada, alcanzó el ventanal abierto y arrojó unas monedas a los mariachis para que tocaran El Rey. A mitad de la casida, el Califa eyaculó y el líquido de su sexo cubrió el cuerpo de la Sultana, iluminándole de fosforescencias el vientre.

Y el feto de un dios

Y el feto de un dios se recordó a sí mismo Y rasgó el útero Y se asomó por el costillar Y recordó el fuego Y rezó Y el animal de la noche se le trepó arañándole la espalda Y la lumbré se hizo en el círculo de rocas Y el feto de un dios descubrió el alumbrado Y se fue hasta su piedra, donde arde todavía.

El deseo del cadáver

Dios quiera que las gargantas de los perros se pudran. Rodean la casa de un muerto con sus augurios de pena. Esperan agazapados tras las sombras quejándose por tener ojos con que mirar las cosas de la noche sorda. Y no me dejan salir.

Carmen

Vayamos a buscar a la virgen de la ribera y las calzadas. Envueltos por el sueño endemoniado, retornemos de la tierra sin más templos que agujas de piedra elevadas al cielo. Nos espera Carmen atravesada del costado que canta cantos dislocados, pega sus labios al suelo y sonríe para los muertos. Tiene pezuñas por pies y dice que es el  ngel al revés y se arrepiente de la mala hora en que ha nacido.

Paraphilia

Lilith fue una fantasía erótica ideada por Eva y Adán en sus noches de hastío con la esperanza de revivir su vida sexual. Sin embargo, se les salió de las manos, y cuando sus creadores yacían inconscientes y exhaustos, uno sobre el otro, Lilith bajó en carne de su cuna portando la máscara roja del trastorno, y aterró en la oscuridad a sus hermanos y tentaleó y penetró profusa y profundamente con sus dedos maduros la carne tierna del niño Caín, en quien se cebó con hambre malsana. Abel, aunque aquellas noches en apariencia salió ileso, sería a la postre una víctima secundaria.

Pordioseros latines

Escuchen tanto médiums como academicistas de la lengua. Arqueólogos paranormales y poetas de ultratumba. Escuchen. Un alma aúlla en los prados lejanos, otra más en la ventana abierta de un palacio (pálida túnica tristonía) y un ojo descarnado llora en el panteón. Tres latines pordioseros que hurgan en la lengua buscando misterios. Tres latines de mundos destruidos. En letras de sangre dejarán su recuerdo. A la mar sus conciencias, más latines seguirán hasta que Babel se les venga encima. Escuchen.

Capilla Cuepopan de los Muertos Apestados

Capilla Cuepopan de los Muertos Apestados, coso de la noche, guardiana y plaza, capilla de cráneos, carne y lengua. Ojo ciego que sombras pierdes y rebuscas. En tu cúpula caída están las costillas del hermanito Cuauhtémoc. Mírate hecha un cagadero, bacinica de drogas vagabundos. Cadáver monstruoso y enano que se confunde entre los brujos. Dios proteja a los villanos demonios que te cuidan velando el hipogeo, piedra sobre piedra, mierda sobre mierda, hundiéndote en la orina que anega al ombligo de la luna.

Doña Loca

Doña loca, por no guardar las sombras donde debiera, ya ve ahora cómo andan escurriéndose en los pasillos, serpenteando al pie de las columnas o en los ojos oscuros de los óleos, a escondidas de usted. Pobre doña Loca, que sufriendo dejó las uñas enterradas y la cordura a un lado y sólo trajo a estos altares un pellejo de cordero. Pero la ha de salvar que soy feliz huérfano entre sus garras que se clavan en el pecho y son señal nunca desatinada y sí lumbre, preñada de negruras, que el cielo cumple, Doña loca, Doña lumbre que en la alondra noche apagarás tus ojos muertos de hambre.

San Juan de Dios

Ay, San Juan de Dios, librero de los dos ríos que bajan de la nieve al trigo. Ay, amor que se fue y no vino. Ríos de los dos caudales, que uno baña los muros y el otro purga las calles. Ay, San Juan de Dios, comer granadas es desgranarle el pecho a un ángel. Sus jugos salpicando sangrarán las huertas y los mil corazones del ángel se torcerán entre tus dientes blancos. La granada es una corona de Virgen. Es el martillo de un loco de tierras lejanas. Cabe en un puño: ribete de labios peinados al sol. Ocho de marzo: por los labios murió la Granada desnuda ante una boca.

Hombre solo y maduro

Dicen en mi pueblo, que hombre solo y maduro, es puto seguro. Por eso yo digo que no está bien que un hombre solo ande por ahí con tantos disparates. Bendito quien le amarre la boca con mecates de luna. Le llague la lengua y le punce con espinas las mejillas. Qué muera la poesía, fuente de soledades. Caray, consíganle mujer a ese hombre, sino, el Divino le ha de aterrar la mirada, porque aquél que devora a sus hijos vive sin beber en las playas repentinas de la muerte.

Hermes Tris Megistus

El fuego que arde en cada casa es el alma de los cuidados, los callados sucesores. ¿Cómo saber la cerradura íncuba dónde anidar el dedo, girar la uña y que se bote esa entrada a los cuatro muros de la pirámide? Un ojo nos mira. Quien ya consiguió virar la reja vino a decirnos que se transita por las orlas de las nubes hasta la espuma del mar. Un grano de sal: ciudad de diamante. El ojo de un gato: vado cenagoso. Mas siempre quiso volver Hermes Tris Megistus a su pueblo y ser un anciano sentado en silla de mimbre, bajo un higo, con la frente descubierta al sol.

Acapulco en Semana Santa

Alguna vez miré esa playa de aguas negras, donde todos se bañarán un día, juntos, como numerosa familia, jugando sus miles de dedos en la espuma y ni un solo espacio para el Pez en la arena. De esa multitud de labios, en aquel crepúsculo marino, si saldrán oraciones no serán más que un barullo pagano de chismes, canciones, gemidos y regaños. Hágase tu voluntad, así en el agua como en la tierra. La raza se lava y divaga con el mar de Semana Santa, que es nada, acaso líneas que se agotan y vuelven. Acapulco divino. Sábado de Gloria. Todo México es Acapulco en Semana Santa.

Pirómano

Todo comienza en la fascinación por un cerillo y el minúsculo cuerpo que danza en el centro pintado de azules. Después, una alcoba donde las cortinas y las sábanas son consumidas por jaurías ardorosa que desnudan el cuarto dejándolo en cenizas. Hasta que un día, el más esperado, una flama brinque de sus lindes en chispas por el cuarto, trepando los muros, las columnas, los techos. Centellarán entonces mil ojos cuando sean los fuegos, la rueda escrita andará y las crines de potros incendiados reventarán las ventanas. Pechos de palomas que se inflaman, la lumbre que es luz y urdimbre de dioses.

El Dios Amor

A mi vampira Ximena Roja

El Dios Amor es un demonio inclemente, sordo, rojo, sangriento, hematófago, ciego, brutal, bestial, asesino, agrio, inclemente, lascivo castrado, saetario, silvestre, pánico, ebrio, deicida, destripador, voraz, uranio, pandemónico, pedestre, pederasta, adicto, obseso, poseso, violento, estuprador, mentiroso, mitómano, perro, mula, rencoroso, vengativo, memorioso, tentador, instigador, apóstata, pueril anciano, príapo enfermo, podrida vulva, ano omnipresente, enano (por eso está más cerca del infierno), esfera deforme, dios aborrecido por dioses, demonio aborrecido por demonios, despojo que aborrece despojos, miel que se pudre, ángel que reptar, yaga, vergüenza, maloliente, enfermedad agónica sin muerte, al que por si fuera poco le excita la tortura y su lugar predilecto para practicarla son los sueños.

Dios Glotón

Al dios Glotón no le bastan los corazones, como a los otros. Requiere que le despedacen las ofrendas en cazoletas de buen tamaño. Se baña el vientre de rojo, ojos rotos, dientes pedrerías, cuerpos cojos. Los tecuanes y los muñones rugen en tu carne estampada, espina, blanca nuca, pan de hierro. La encías hinchadas deforman tu hocico ¿A quién proteges?

Xipe Totec

Trompa enferma, dormilón instante, locura de los niños denunciada por la baba que se apresura en tus labios. ¿A qué tanto ha llegado tu afición por los pellejos, prepucio de ojo rojo que miras charcos de sangre? En el éxtasis de la comunión pagana tu boca en O; tus manos descansando en los muslos recogidos, liberan tus dedos. Coges al aire. Tres nudos en el esternón abierto que no es tuyo sino que lo expoliaste a una mujer que te quería. Máscaras de hombres te esconden las mejillas, Nuestro Señor Desollado, primavera, prepucio que se pela para la inseminación de la primavera. Amén del equinoccio.

Niño Dios

Eres un niño contento. Sonríes como si miraras el mar. Plenitud calcárea, dientes manchados de sarro. Desnudo, con los genitales colgando de tu pecho como amuletos sexuales. El vellón dorado arde en tu espalda. Sangre escurre frente al fuego. ¡Lujuria, impávida, sombra, hueca, muerte! Jirón de cadáver tu labio desnudo, zarpa del tigre. Abre tu redonda boca: la mariposa del último aliento revolotea en tus entrañas cavernas. Sombras, cuerpos, almas, miren al ojo que despierta en la recién desencajada mandíbula del cárdeno.

Zósimo y la meretriz

Los pechos se le habían pegado al hueso por el hambre, por ello Zósimo pensó que era un niño, mas reparó en la raja de ese cuerpo y se cubrió los ojos para no pecar. La meretriz susurró: no juzgues porque yo no hallo la vergüenza, Dios así me dio a la tierra, yo me le devuelvo en esta carne podrida. Zósimo olió la santidad de esa mujer y se dejó abrazar por ella. Una peste lasciva que expelía aquella mortaja impidió al peregrino alejarse nunca más. Cuando la meretriz murió, Zósimo se curtió un abrigo con su piel.

Un cuento egipcio

Una niña brotó del Nilo durante el crepúsculo en que se enrojecieron las aguas del ríomacho. Alguien reparó en su rostro hermoso, en su carne apetitosa, y la vendió a los soldados, que abusaron de ella. Se dio un sentón en el diablo y por un tiempo probó las garras, el calor salpicarle el espinazo, las treinta monedas y el oro en los altares del manso. Se hizo cordero cuando Shaitán utilizó sus entrañas de niña para vaciarse y a la medianoche oyó sus propios pasos de calaca solitaria que pagaba al mundo su derecho a respirar sin quedar debiendo.

Camarón de la isla

Yo tengo una garganta calada de fuego y cera. Un ángel que me cuelga del cogote y la suavidad de los vientos. Nazareno decapitado voy por el monte. Egiptano de ayes y ayes. Tú que desconfías de mi fe jamás creerás en mi perlado. Soy la rebelión y el revelado. Mi sangre potro de rabia y miel, río y carey. Chupamirto de desgraciados. Tengo miedo a perder la maravilla de tus ojos de estatua. Ay, por dios, laurel, si eres mi cruz y mi dolor mojado, si soy el perro de tu señorío, no me dejes perder lo que he ganado.

La vendedora de miel

La vendedora de miel amanecía una noche en Jerusalén, la otra en El Cairo. Apresuraba su paso por Palmira, le refulgía la madrugada en las alcobas de Petra y remojaba en el Éufrates su papo. Miró de lejos el faro y nunca oyó del palacio de los mil libros, pero las callejas y barrios de Alejandría todos los anduvo y amó en cada una de sus esquinas. Así se aprendió el camino que va de la Merced a la Soledad, en el que se desgranán las vírgenes en cada ciudad santa.

La torre del jarro

Aquel niño se supo borracho y complació a los hombres de la caravana, dejándose acariciar durante días por aquellas manos cayudas hasta caer desmayado. Cuando despertó, era todavía un niño. Sus carnes candorosas pintadas de azules. Entre los vapores del baño, la luz entraba por una rendija e iluminaba a su lado a un rabino que dormía, complacido y sin ropa. Se sintió en paz, ni muy ebrio ni muy consciente. Asomado en el balcón, no supo donde se encontraba, hasta que distinguió en el horizonte la torre de David tal y como la vio dibujada en un jarro.

Hambre

Dios hirió a Jerusalén con un hambre atroz. La cabeza de un asno se vendía por ochenta denarios, un mojón de estiércol por cinco denarios. Cierta mujer le gritó al rey:

—Sálvame, señor mío.

El rey le respondió:

—¿Qué quieres?

La mujer señaló a otra mujer, desastrada y famélica:

—Esta pécora me dijo: daca a tu hijo y comámoslo hoy, y mañana comeremos el mío. Destazamos a mi hijo, y lo comimos escaldado. Al día siguiente le dije: trae acá al tuyo que toca cocinarlo hoy. Mas ella lo ha escondido desde ayer.

El rey encontró al niño y lo devoró sin siquiera hervirlo.

El león de Sansón

Los leprosos rasgaban las murallas de Gaza para que alguien les abriera piadosamente una puerta. Dentro de la ciudad, los filisteos bajaban y subían por los callejones, sin pena ni gloria, algunos cruzando por debajo de puentes de piedra que formaban un arco de estrecho a estrecho, otros entre los puestos del gran bazar. Muros calizos estropeados, tierra en las heridas. Una puerta se abrió y cruzó el umbral el león de Sansón e hizo una matanza de leprosos. Así fue que se ganó la miel de sus mandíbulas. El mulo pacía trigo dorado en el campo del enamoramiento.

El león y la sierva

De lejos, su rostro parecía el de una niña, pero era una mujer de trece años. Ella provino de los altiplanos huyendo de la guerra. Se alimentaba de dátiles y gorgojos a la vera de los senderos, bebía de los charcos, se bañaba en la tierra y dormía en los escombros lunares. El león bajó a penetrarla en primavera. El trance sensual se dilató y sus cuerpos, a la intemperie de este mundo, se enfrentaban sin dueño que les guiara. La mujer se rendía en el cadalso, envuelta en sus jugos naturales; el león la acechaba por sus olores de hembra.

La miel en la mandíbula

Atribulado león hunde su cadáver en la arena durante la rojiza noche en que el silencio alcanzó a resonar en cada una de las cosas del mundo y hasta el cielo. El estruendo fue un aletear invisible. Centenares de pelotones esperaban la orden, suspendidos, provocando el encantamiento. De la mandíbula del león brotaba tierna la miel del panal de Sansón. Las abejas trabajaron desde el riñón hasta el cráneo y de la carne podrida sacaban dulce. El mulo, pensando en acertijos, esperaba su turno en el campo frente a la casa de Dalila.

Huitzilopochtli

Tienta en el cuello la raíz de la testa, córtala donde sientas pero de tajo y así te llevas las cabezas escurriendo a la montaña y las siembras en lo más alto. El brazo, la mano, la garra, se agitan, centellean, amenazan. Se aferran a una piedra de río gorda como el mundo. La noche en que cortó las cabezas de sus hermanos, Huitzilopochtli iba con la cara pintada a rayas, porque cuando desarticuló los brazos y las piernas de su madre, agarró cal con las manos para echarla sobre la matriz desollada y se sintió pagado y en paz.

Coatlicue

La mujer de las faldas serpentina se arrastra, revolviendo con los dedos su sangre y la tierra. Busca en las tenebras de su calli al niño que ha parido, el de las piernas rotas, la cara rayada y las manos de enormes garras, que la mira desde un rincón de sombras crispando sus dedos en la cal y el cuchillo.

El ciego solar

El dios que vive en el sol está ciego aunque sus ojos brillan más que los de cualquier otro. Su ceguera proviene de una luz excesiva que le provoca esquizofrenia. Con sus dedos de llamas quiere prevenirse de todo; toca con las yemas gordas las piedras de los palacios, templos, lupanares, muros, columnas, arcadas, porque busca una entrada que sólo él conoce y que ha perdido. ¿Será el dios que se viste de cadáveres o el alma misma de los cuerpos desalmados? Una cosa es segura, sus ojos residen en las bocas abiertas de los cárdenos.

Sorjuaninas

La encontré en el atrio y con el cuento de que conversaríamos acerca de sus deseos, la invité a tomar chocolate. Ayer mismo platicamos lo bueno que sería si ella se animara a vestir el hábito. Pero ya lo ha visto usted, el carnaval ha comenzado, y por fin su débil espíritu se dejó seducir por panderos, trompetas y chirimías. La he tenido que instar a que dejé mi hogar, pues su ardor hubiera terminado por incendiarnos a mi familia y a mí. Ahora va siguiendo el rastro de mujeres y hombres jóvenes y tras de ellos va escribiendo versitos.

El profeta y la visión

Patmos lloraba un suceso infortunado. Su profeta había desaparecido. El principal sospechoso era el rey pues en su contra se cantaron las profecías. Los ciudadanos se aprestaban a sedición, cuando una vagabunda, desnuda, de paso torpe y desatinado, jalaba, penosamente, tras de sí, un lazo en cuyo extremo contrario, amarrado por el cuello, el profeta muerto mostraba su rostro irreconocible: le habían sacado los ojos, achicharrado los oídos y cosido los párpados y la boca. La vagabunda lo encontró en el muelle y se entretuvo con la soga que sirvió a los verdugos para estrangular al torturado. Comenzaban a cumplimentarse las profecías.

La visión y la profeta

La mujer rapada mostraba en la mollera antiguas costras de sangre. Sus piernas flacas, los brazos lazados de hinchadas venas. Contrahecha en un rincón, se balanceaba pausadamente al igual que un péndulo. De pronto se detuvo. Apretó la mandíbula. La inmundicia le escurrió por debajo de los harapos. Fijó sus ojos desorbitados en la ventana y gritó para que el verdugo la asistiera. En cuanto entró el verdugo, ella le urgió a que se asomara y viera el cielo. El verdugo se asomó, reuló de inmediato, liberó a la mujer y él mismo se aprestó a huir de la torre.

Sanguisuga

No siempre el día es inocente, ni la noche culpable. Dime, ¿qué piensas que sería de ustedes si el último de los vampiros muriera? Cada raza muerta abona a las consecuencias del apocalipsis y lo acelera. Compadécete de mí. Respiro como muerto. Pienso como muerto. Amo como muerto. Vivo como muerto. La piedad se ha suicidado y le heredó su soga a la esperanza. Me conoces bien. Quisiera despedazarte el cuello y relamerte por dentro. Pero, ¿te he dicho ya que te amo como a nadie en el mundo? Y de mientras mi lengua se erecta ante el aroma de tu sangre.

Tres vampiras

He visto a la señora Bach en los salones principales. Tan pulcra que aburre. Aunque podría enamorarme de ella. Escuché de lejos sus cantos: matemáticos, impecables. Pero cada vez que quiero acercarme a ella, brotan de la ópera, enmascaradas, esas dos señoritas, Händel y Vivaldi, con su carnaval de pelucas, rubores y lencerías y me cortan el paso y se apoderan de mi cuello y beben de mí. Nos excita embriagarnos juntos. Dicen que una de las dos era monja. Ciertamente sus sexos huelen a inciensos sagrados. Sus tientos de órgano son un deleite. Al parecer, la señora Bach y la señorita Haendel nacieron el mismo año. Handel se conserva joven por su perversa inclinación a la gula fastuosa, ¡y la tierna Vivaldi es aún más antigua que las otras dos! Quizá la señora Bach sepa más de sangre, pero las señoritas Vivaldi y Händel la beben con mayor alegría y la alegría deriva en perversión y la perversión es sabiduría que agrada a los dioses.

La razón de Heráclito

—Nunca pensaste que mirarías a Dios loco y danzando en tu propio ojo —le dije—.

Con sus genitales me hice un bonito collar. En Éfeso me lo miró puesto Heracles Chiquito, le gustó y se lo regalé. La Locura vino, le gustó Heracles Chiquito y se lo regalé. Lo condujo al arroyo, le abrió una herida en la cabeza y Heracles Chiquito comenzó a recitar versos por la llaga de su mollera. A Heracles Chiquito lo compartimos unos años y luego ambas le hicimos creer que su alma era agua para que la dejara evaporarse y así la perdió.

Cordero de dios

—Dame al cordero, acuérdate lo que dijiste en el verso.

—No te adelantes, matancero. Falta poco.

—Yo no espero —siguió el matancero—, pues cuando en el cordero se abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como de media hora.

—¡Acalla, san Juan!

—¡Dame al cordero!

—Basta. La luna apenas reposa. Y tú, cordero, mejor arrímate conmigo a la lumbre.

Un escalofrío subió en espiral de mis patas al cuello. La nausea comenzó. Mis corvas se doblaron. Sentí la mano fuerte de Dios que sujetó mi pata. Hubiera querido zafarme y enfrentarlo. Pero Él me arrojó del cielo.

Rueda de Edipo

Padre y madre
y madre y padre
y madre y padre
y madre y padre

Dioscuros

Dijo el Creador que siempre que creamos algo, destruimos otra cosa ya existente o por nacer, y que era idéntica o similar a lo que nosotros creamos. Como no puede haber dos cosas iguales en el mundo, la otra, o las otras (porque pueden ser millones), necesariamente tienen que no existir. Si una creación es similar a otra, la mejor perdurará, la otra será olvidada, pero no podrá subsistir a causa del desdén que producen las copias. En todo caso, el consuelo es que será siempre preferible la inexistencia a la mediocridad. Acto seguido: el gemelo negro se quedó mirando al gemelo de oro...

El astado de la Muerte

Un gran sombrero de paja con las alas dobladas hacia abajo coronaba su cabeza de muerto. Una de sus manos flacas apretaba la reata con la que dominaba la argolla en la nariz de su toro.

— Soy Pascual Rey —dijo—. Al toro lo arreo rumbo a la Plaza para ofrecerlo a la Santa Muerte en sus festejos. Es de trapío y lomo tendido, tálamo que no aliviará tu dolor, pero sí te dará descanso. Sin embargo, no debes temer, pues desmerecerías. Aprieta bien tu capote colorado, que a él ya le tembló la cruz cuando te supo.

Cristiada

Un día le dijo un ángel a otro ángel:

¿Ya leíste la nueva profecía que publicaron hoy?

No, no la he comprado. ¿Qué dice, tú?

Que un año veintitantos de un siglo cualquiera, el diablo se va a partir en dos y una mitad atacará con saña y perversión a la otra mitad y viceversa.

¿Y dónde va a pasar eso?

Quesque en un lugar llamado México. Y una mitad del Diablo se va a llamar “gobierno revolucionario” y la otra mitad se va a llamar “cristeros”. Luego las dos mitades se van a volver a fundir y el Diablo seguirá estrangulando a esa pobre nación.

El potro blanco de don Antonio Aguilar

Escuché mis propias pezuñas chascar contra las piedras de la calle. Mi padre me espoleó el costado. Los perros, augures de la muerte, alterados, nos salieron al paso para llenarnos con sus gritos. De una brazada los espantó mi padre y la jauría enmudeció. Desde mi lugar entreví los pisos altos de los caserones, los ventanales, sus balcones herrados, las palomas en las cornisas, el sol alquimista conjurando luces y sombras en los techumbres. Explotó la pólvora. Una ventana se partió en mil cristales, al igual que el pecho de mi padre, quien cayó manchándome de sangre mi alba grupa.

Terremoto

Supé que bajamos por Terremoto gracias a las frondas que miran al poniente. Silenciosa estaba Guanajuato, igual que un ánima sola. Ni un ser en las calles. Los cancelos cerrados. Acaso el pabito de las veladoras fue lo único que se agitaba en cada casa y cada templo. En el portal del panteón, el enterrador se acercó a san Pascual Rey y preguntó:

—¿Es éste?

—Ecce homo —respondió Pascual.

Dos plañideras lloronas, desastradas, famélicas, de almas más tías que la mía, al verme tendido en el carromato se santiguaron y le ofrecieron a san Pascual sus lágrimas por dinero.

Cervantino

Escuché primero los repiques de Belén y San Roque, luego el escándalo en las torres de la Basílica, y lejanos los badajos de Rayas, el Mellado, Marfil y Villaseca. Irrumpió la música de chirimías, tambores y trompetas. Griterío de gente ovacionando. Dos diablillos colorados en un callejón me impidieron el paso. Los alcanzó una mujer, a cuya aparición acallaron sus gruñidos tornándolos en gimoteos. La mujer, de piel roja y cabello de fuego, estaba desnuda: su sexo era el de una adolescente. Con sus tersas manos cogió a los diablillos de los cuernos y permitió mi entrada al cervantino.

Hidalgo torero

A mi querido y marcial Pepe Malasombra

Los insurgentes derramaban el vino por las escalerillas con la intención de que empapara como sangre al llegar a la arena. De cerca, aunque tras del burladero, apareció Rayón. Juanito y Nacho Aldama jineteaban regios potros a los extremos del cerco y fungían de picadores. Aprestado un torito cinqueño de nombre Reyfernando. Hidalgo saludó al tendido y acarició capote y espada. Un redoble silenció las gradas y gritó el pregonero:

— Con el permiso de la autoridad y si el tiempo no lo impide...

Detenido el gentío, los picadores, el matador y la Muerte, Allende no quiso seguir dilatando dicha inmovilidad y concedió la corrida.

Daphne

Si fueras higuera, serías del diablo. Si vajilla, queiebraplatos. Cuatro labios de estramonio que me besan. Manzana de mejillas coloradas, carita de luna, fruto prohibido que se pudre en la tierra por no ser comido. Adicta a las huídas, mala raíz, leche blanca que se derrama en la arena. Ninfa negada, pechos de paloma, bocado del estupro. Corazón de agua, alma de viento. Taura de cornos selenes que paces en las dehesas de mi desdicha. Deja de brincar las trancas. Luna que no cree en el Sol. Loca, agresiva, inconstante como tu padre el río. Como tu padre el muerto. Daphne de corona de espinas, manto de Neso, cruz y calvario.

Autorretrato

Nací en Eztlán, soy azteca de raza pura. Yo soy
dos y soy el que no me hallo. Ando y ando a destiempo.
Tonto faraón. Pordiosero autófago que siempre tiene
hambre. Soy mi propio alucinógeno. Una vez clavé un
alfiler en mi corazón, porque hasta en hacerme brujería
he fracasado. Caí en el cepo que escondía para los demás
pues creí en mí mismo como si no supiera que soy un
mentiroso. Y me creí escritor. Estar loco no me ha
exculpado ante mis semejantes, en tanto que de entre
todas las máscaras que me hubieran servido para
ocultar mi demencia, escogí la de la cordura y
desgraciadamente nadie se ha percatado de ello:

Aire sería o sería aires.

Soñé, usé sueños.

Ahí mátanos, sonata mía.

¡Ay, mátanos, sonata mía!

Ah... y mátanos, sonata mía...

Palindromitómoano

Desaíro memoria, sed, arte. Ay, Petra, parto a otra parte pía: a Cirene rica. O vivo o no sé, Artemis, si me traes o no vivo. Hidra ardí, haré mi Quimera. O ya sudé Medusa yo o es reposo Perseo. No irá Arión a Nike equina. A Creta, terca, anda. Irá Ariadna o ese Teseo. ¡Arde, Fedra! ¡Oh, ese deseo!

Proemio de un libro eterno
(el cantar de los nanoinfinitos)

Y el mago dijo

—En ciento once palabras haré caber al mundo entero y a la eternidad. Y con esas cien palabras se podrá hacer un libro infinito.

(Por lejos que te vayas, un día te alcanzaré, por mucho que te escondas, al fin te encontraré. Y el mundo siendo mundo, no me podrá vencer, pues si cabe en cinco letras, muy grande no ha de ser. Te seguiré en las sombras, te buscaré en los mares y en las notas perdidas de los viejos cantares.):

JUAN DE DIOS MAYA ÁVILA



Tepetzotlán, 1980. Egresado de la Universidad Autónoma Metropolitana. Becario de la Fundación para las Letras Mexicanas, del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes y del Programa de Estímulos a la Creación y Desarrollo Artístico. Ganó el Concurso Internacional de Cuento, Mito y Leyenda Andrés Henestrosa 2012 y el Concurso Latinoamericano de Cuento Edmundo Valadés 2019. Ha publicado los libros *La venganza de los aztecas* (mitos y profecías) (traducido parcialmente por la Texas A&M International), *Soboma y Gonorra* (Resistencia, 2018), *El Jorobado de Tepetzotlán*

(Literatelia, 2020), *La Serpiente y el Manzano* (Paserios, 2021) y *Las oraciones paganas* (San Agap, senó Icaró: sal) (Pequeña Ostuncalco Editorial, 2023), y editado y antologado los libros *Érase un dios jorobado*, *Érase una bruja Malinalco* y *Érase una Villa de carbón*. En el año 2013 funda el Concurso Estatal Pensador Mexicano de Literatura escrita por Niños y Jóvenes. Colabora permanentemente con la revista hispanoamericana El Camaleón y con la Revista de Arte Boticario. Su obra ha sido traducida al inglés, esloveno y ñathó (otomí).

Índice

Eztlán	3
Mexicoteotl	4
Ezteca.....	5
Chocacíhuatl.....	6
El nahual en el cerro	7
Necrocinisfagia.....	8
Me enamoré de una niña que lloraba sangre	9
Lefanú	10
La Tamalera.....	11
Nenepil	12
San Jasmeo	13
Entuerto	14
Cristo de Lepra.....	15
Santito.....	16
La chismosa	17
Ensortilegio	18
La momia de Electra.....	19

Teomama.....	20
Job el Llagado.....	21
El Amo del Humo.....	22
Cangrejo Tecuán.....	23
Tlanchana.....	24
La cueva del suffi.....	25
Poscopulare.....	26
Un aghori zacatecano medita su cabeza sobre sendo cráneo descarnado.....	27
Referencias oscuras.....	28
Concidiabulum.....	29
Masiosare.....	30
La orgía de los arcángeles y los querubines.....	31
Casida del Rey.....	32
Y el feto de un dios.....	33
El deseo del cadáver.....	34
Carmen.....	35
Paraphilia.....	36
Pordioseros latines.....	37

Capilla Cuepopan de los Muertos Apestados.....	38
Doña Loca.....	39
San Juan de Dios	40
Hombre solo y maduro	41
Hermes Tris Megistus.....	42
Acapulco en Semana Santa	43
Pirómano	44
El Dios Amor	45
Dios Glotón	46
Xipe Totec.....	47
Niño Dios	48
Zósimo y la meretriz	49
Un cuento egipcio.....	50
Camarón de la isla.....	51
La vendedora de miel	52
La torre del jarro	53
Hambre.....	54
El león de Sansón.....	55
El león y la sierva.....	56

La miel en la mandíbula.....	57
Huitzilopochtli.....	58
Coatlicue	59
El ciego solar	60
Sorjuaninas.....	61
El profeta y la visión.....	62
La visión y la profeta.....	63
Sanguisuga	64
Tres vampiras.....	65
La razón de Heráclito.....	66
Cordero de dios.....	67
Rueda de Edipo	68
Dioscuros.....	69
El astado de la Muerte	70
Cristiada.....	71
El potro blanco de don Antonio Aguilar	72
Terremoto	73
Cervantino.....	74
Hidalgo torero	75

Daphne	76
Autorretrato	77
Palindromitómoano.....	78
Proemio de un libro eterno	79
Cajitas	80
JUAN DE DIOS MAYA ÁVILA.....	84



Título: Eztlán.

Autor: Juan de Dios Maya Ávila.

Imagen de portada: Érika Pérez Won.

Edición digital Hoja en blanco. Junio 2023.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY - NC - ND 4.0

Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

